

## LA FÁBULA DEL HOMBRE Y EL RÍO

Érase una vez un hombre sentado junto a un río. Agachado sobre el papel, miraba al río, movía sus diestras manos e, incansable, dibujaba y dibujaba. Líneas, luces y sombras recreaban el fluir del agua que todos los días descendía por el valle. Complacido y arrullado por su propio murmullo, nunca dejaba de posar para aquel hombre que, sentado junto a él, dibujaba y dibujaba.

Un día el río advirtió que el hombre estaba algo triste y que aquellas manos recorrían el papel más lentamente que de costumbre. Pensaba y pensaba sin hallar el motivo de tanta tristeza, hasta que oyó al hombre quejarse de tener que dibujar siempre aquel agua que nunca podía atrapar.

Comprendiendo las razones de aquel lamento, el río pidió permiso a la montaña para agrandar su cuerpo e hizo que el agua descendiera con más prisa. Entonces, vuelto el murmullo en alegría, el agua comenzó a saltar entre las piedras y a salpicar con sus gotas los contornos. El hombre levantó su mirada y vio cómo las gotas grandes se convertían en las piedras de un puente, las medianas en las piedras de un molino y la nube de las más pequeñas en limpias ventanas.

El río, complacido, vio cómo las manos del hombre que dibujaba y dibujaba recobraban su destreza de antaño y, desde entonces, siguió haciendo cosas para que la mirada del hombre reuniera en su papel todo lo que él le había dado.

Cuando el río llegó al mar contó lo feliz que había visto al hombre que dibujaba y dibujaba y su relato fluyó con presteza a la desembocadura de otros ríos. Y éstos, grandes y pequeños, dijeron que iban a hacer felices a más hombres y comenzaron a trazar molinos, casas y caminos para que los hombres llegaran a otros hombres y contaran lo que los ríos habían hecho por los hombres que dibujaban y dibujaban.